

pueblo del Perú un manifiesto que es, sin disputa, la página más bella en el libro de la fraternidad hispano-americana<sup>(1)</sup>. Los estudiantes chilenos rechazan la política de hostilidad de su gobierno, y declaran que por su parte están dispuestos a ejercer toda su influencia para restablecer la amistad de las dos naciones sobre bases, no sólo de justicia, sino de afecto y abnegación.

Este manifiesto de los estudiantes chilenos, si es correspondido, como no podrá menos de serlo, en igual forma, por los peruanos, forma un

cimiento sólido para levantar la futura armonía continental. Esas dos grandes fuerzas vivas, ardientes y generosas, de ambos pueblos, podrán fundirse no muy tarde en una sola antorcha de esperanza y amor, y alumbrar los horizontes de la América nuestra con albores espléndidos de justicia.

Estas son las señales de los nuevos tiempos. Este es el fruto de las doctrinas de paz y respeto a la humanidad que están haciendo triunfar en el mundo los apóstoles de la nueva Era.

(*Excelsior*. México, D. F.)

que las poderosas, tienen el inviolable derecho de controlar sus asuntos interiores.

Segunda, la creencia establecida por la historia del mundo, de que México nunca llegará a ser un vecino pacífico de los Estados Unidos, hasta que se le permita conquistar una base permanente para arreglar sus propias dificultades sin la intervención extranjera.

Mr. Wilson se negó terminantemente a reconocer a Victoriano Huerta como Presidente Provisional de México y en cierta ocasión, al tratarse este asunto, me dijo textualmente:

«Huerta es un rencoroso e implacable enemigo, implacable de todo lo que pueda significar algún progreso humano en México y defendiendo abiertamente los privilegios del grupo científico, ha desafiado la autoridad de los Estados Unidos, se ha burlado, procurando poner en el mayor ridículo la política de vigilante espera adoptada por la nueva Administración y se ha reído hasta el escarnio del alto idealismo que esa política representa».

Para Huerta, la declaración hecha por el Ejecutivo norteamericano de que no podríamos abrigar simpatías hacia aquellos que se apoderaran de las riendas del Gobierno para satisfacer sus propios intereses y ambiciones, sólo era un mero gesto, demasiado pueril para que se le tomara en consideración.

Mientras tanto Huerta se dedicaba en México a burlarse de esta política benévola de cooperación, y se prestaba ayuda al usurpador por medio de las críticas jingoístas de los enemigos que Mr. Wilson tenía en el Congreso de los Estados Unidos y en todo el país, muchos de los cuales, instigados por los intereses petroleros, clamaban, en su loco delirio, por la adopción de una política de hierro y sangre hacia México.

Oponerse a las maniobras de los intereses norteamericanos en México, fué una parte de la labor realizada por Mr. Wilson. Todos aquellos elementos que a grito abierto pedían la intervención, tenían tierras y minerales así como fuertes inversiones en las industrias de México. La vigorosa política norteamericana que se sugería, estaba destinada a enriquecerlos personalmente. Fué esta fase del problema a que obligó al Presidente Wilson a expresar aquellas memorables palabras:

«Tengo que detenerme y recordarme a mí mismo que soy Presidente de los Estados Unidos y no de un pequeño grupo de americanos que tienen intereses creados en México».

Pero el nuevo Presidente se había trazado ya la línea de conducta que se proponía seguir, línea llena de

## 1) La política del Presidente Wilson con el tirano Huerta

Por JOSEPH TUMULTY

**N**UEVA YORK, noviembre 7.— Cuando la nueva Administración democrática se hizo cargo de la cosa pública, heredó del régimen que presidía Mr. William Howard Taft, muchos graves problemas que ameritaban una inmediata solución. Uno de los más serios era la situación provocada por el movimiento revolucionario que estalló contra el Gobierno de Madero en la ciudad de México, el 9 de febrero de 1913.

El asesinato del Presidente Francisco I. Madero y del Vicepresidente José María Pino Suárez, así como la usurpación de la autoridad presidencial por el general Victoriano Huerta y el caos general e industrial a que estos sucesos dieron margen en México, hizo necesario que la nueva Administración en Washington, que apenas llevaba un mes en el Gobierno, se apresurara a obrar declarando su política con respecto a la cuestión que se hallaba pendiente en aquel entonces relativa al reconocimiento del Gobierno Provisional a cuya cabeza aparecía Huerta.

Después de su advenimiento, como «Presidente de México», el usurpador había dirigido sin rodeos el siguiente mensaje al Presidente Taft:

«Yo he derribado al Gobierno y en consecuencia reinará la paz y el orden».

Huerta agregaba deliberadamente que esperaba ser reconocido por el Gobierno de los Estados Unidos.

Este era el estado de los asuntos en México, cuando el Presidente Wilson tomó posesión de su alto puesto. El Presidente de México, legalmente electo, Francisco I. Madero, había sido derrocado por una banda de conspira-

dores encabezada por Huerta. ¿Iba a permitirse que los frutos obtenidos tras larga lucha entablada por las masas mexicanas contra un gobierno arbitrario de un grupo de favoritos, quedarán nulificados?

El Presidente Wilson contestó a esto con su declaración de fecha 12 de marzo de 1913, cuando dijo textualmente:

«Solamente es posible la cooperación cuando se apoye a cada paso en los métodos ordenados de un Gobierno justo basado en la ley y no en la fuerza arbitraria o irregular.

«Yo sostengo y estoy seguro que todos los líderes de los gobiernos republicanos participarán de la misma opinión, que un Gobierno justo se apoya siempre en el consentimiento de los gobernados, y que no puede haber libertad sin el orden basado en la ley y en la aprobación de la conciencia pública.

«Nosotros no podemos abrigar simpatías por aquellos que tratan de apoderarse de las riendas del Gobierno para satisfacer sus propios intereses y ambiciones».

Dos consideraciones fueron las que impulsaron al Presidente al formular su política mexicana, viéndose obligado a sostener esa política durante toda su administración y esas consideraciones fueron las siguientes:

Primera, la firme convicción de que todas las naciones, lo mismo las débiles

### ROGAMOS

a los suscritores de provincias que nos indiquen el cambio de residencia en estos meses de verano. Con ello nos ahorran muchos números que, extraviados, suelen perderse. Tiempo y dinero y reclamamos futuros nos ahorran con la atención que les pedimos.

(1) Véase tal manifestación en el N<sup>o</sup> 5 del año III del *Repertorio Americano*.